

ERRI DE LUCA

Tres caballos



Erri De Luca

Tres caballos

Traducción del italiano por Carlos Gumpert



Seix Barral

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Erri De Luca, 1999

Publicado por primera vez por Giangiacomo Feltrinelli Editore, Milán

Publicado con el acuerdo de Susanna Zevi Agenzia Letteraria, Milán

© por la traducción, Carlos Gumpert, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © Alex Yusha / FPG / Hulton Archive / Getty Images

Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2020

Depósito legal: B. 14.913-2020

ISBN: 978-84-322-3692-1

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Solo leo libros usados.

Los apoyo en la cesta del pan, paso la página con un dedo y esta no se mueve. Así mastico y leo.

Los libros nuevos son engréidos, las hojas no están quietas cuando las pasas, se resisten y hay que empujar para que se queden abiertas. Los libros usados tienen las costillas sueltas, las páginas pasan leídas sin volver a levantarse.

Así, en la taberna del mediodía me siento en la misma silla, pido sopa y vino y leo.

Son novelas de mar, aventuras de montaña, nada de historias de ciudad, que ya las tengo a mi alrededor.

Levanto la vista para ver un poco de sol reflejado en el cristal de la puerta de entrada por donde veo entrar a dos, ella con aire de viento encima, él con aire de cenizas.

Vuelvo al libro de mar: hay algo de borrasca, fuerza ocho, el joven come de buena gana mientras los demás vomitan. Luego sube al puente para

sujetarse fuerte porque es joven, está solo y feliz por la borrasca.

Aparto los ojos para partir ajo crudo en la sopa. Absorbo un pequeño trago de un tinto áspero, leñoso.

Paso páginas dóciles, bocados lentos, luego aparto la cabeza del blanco del papel y del mantel y sigo la línea de los azulejos que corre alrededor de la sala y cruza por detrás de dos pupilas negras de mujer, colocadas sobre esa línea como dos «mi» desquebrajados de la línea baja del pentagrama. Están fijos en mí.

Levanto en el mismo punto el vaso y lo dejo suspendido antes de bebérmelo. La alineación me empuja a un principio de sonrisa en los pómulos. La geometría de las cosas alrededor provoca coincidencias, encuentros.

La mujer sonrío frontal.

El hombre de espaldas intercepta el brindis, tuerce el tronco, da prioridad al codo, el tabernero lo esquivo con un giro de cadera mientras me trae un plato. Antes de que el enérgico termine su media vuelta raspo en la garganta un saludo a la mujer, como si la conociera. Ella responde del mismo modo al tiempo que el hombre me enfoca.

Mientras tanto bebo, vuelvo a meter la nariz en el plato, entre leer y engullir.

La taberna se vacía de obreros, yo me quedo un rato más, no tengo hora fija a la que volver.

Hoy he de terminar la poda y amontonar las ramas. Las quemaré mañana.

La mujer se levanta, avanza y se acerca ágil y franca hacia donde estoy.

Uno los ojos para mirar directamente a su nariz, donde las fosas nasales expulsan un poco de aire detrás de sus palabras: «He cambiado de número, llámame a este» y me deja un nombre y una cifra en el mantel.

Pongo encima la mano. Está casi limpia, no me demoro en asearme para la pausa del mediodía.

La miro mientras sigue de pie, me levanto y para igualar lo que ha improvisado le digo: «Me alegro de verte, como siempre». Pone sus dos manos alrededor de la mía, «da recuerdos en casa», «graciasdetuparte», el otro está en el umbral, ella se da la vuelta y yo me siento otra vez.

¿Qué demonios me pasa?, graciasdetuparte, como un embalsamado vivo: ¿para quién? No tengo a nadie.

¿Qué pretende una mujer de bandera de un jardinero de cincuenta años sentado al fondo de una taberna? Nunca la había visto, es joven y yo vengo de veinte años de Sudamérica. Y estoy aquí por la casualidad de un trabajo en el jardín de una villa en lo alto de la colina y bajo aquí al mediodía para descansar y estar con alguien y ella pasa por primera vez.

Me distraigo de inmediato, el tabernero viene con un cuartillo para que nos lo bebamos juntos: «Eres un caballero», le digo, tienes un buen vino a granel y un obrero puede estar seguro de que no le quemará en el cuerpo durante la otra mitad del turno.

—Yo también vengo del oficio —dice.

—Y además les das sopa incluso a los extranjeros y hay hasta un africano que se sienta a comer sus propios platos y tú se lo permites.

—No me cuesta y la mujer no se queja.

Digo que sí con la cabeza.

—¿Y tú? —pregunta—: Me gusta un hombre que lee.

—Me hago compañía así.

Me mira a la cara, que es una buena manera de preguntar.

—Vivo solo, vengo de muchos años pasados en Sudamérica y ahora estoy aquí de nuevo. No conozco a mucha gente. Vivo en el arrabal antiguo.

Como señal de que no hay nada más que decir, levanto el vaso. «Gracias y por tu vida.» Me tiene aquí desde hace un mes, tarde o temprano le corresponden algunas nuevas. Parece que le bastan, sonrío, toca el cristal con el suyo, bebemos.

Es de mi edad y la lleva mejor.

La primera vez que entro aquí pido probar el

vino. Me da un vaso y añade un plato con aceitunas negras.

—Si no le gusta, no lo paga —dice.

Lo enjuago en la boca, me lo echo a la garganta: está bien y nos ponemos de acuerdo. Vengo todos los días y él me da lo que hay, solo un primer plato y ese vino suyo.

—Tengo una salvia en una maceta que huele a nuez fresca, la traigo mañana —digo.

—Hay un buen paseo hasta el arrabal antiguo.

Sí, me levanto a las cinco, pero de buena gana. Entra siempre algo de costa para dar olor.

La casa cruje a esa hora, piedra, madera, bostezos. Luego se acalla con el olor a café. Para llenar una habitación basta con una cafetera en el fuego.

Me percato de la nota que se me ha quedado en la mano, la meto en la página del libro. El tabernero se levanta, para mí es hora de irse.

Tengo que cavar un hoyo para una encina que llega mañana. Estoy trabajando para uno que es director de documentales. Lo conozco desde antes de América, hijo de un sastre calabrés que se vino al norte para trabajar como obrero, para trocar la precisión de la aguja por el estampido de la prensa sobre la chapa.

Zapateros, carreteros, sastres, herreros, guarnicioneros, carpinteros, gente con arte y manos

de sabiduría tomadas y vendidas, ceñidas en cuatro movimientos de esfuerzo.

Me confía el jardín, no quiere ni huerto ni animales, aunque haya tierra para todo. Él, chico estudiante, yo, obrero, comunistas entonces, una palabra colgada del perchero del siglo pasado.

Siento simpatía por su cara: entre otras muchas avinagradas conserva un aire de bondad y una nariz sólida como una proa. Los que llevan un tabique tan importante en plena cara deben de ser buena gente. Mimmo es su nombre.

Habla de buena gana de su padre, que vino a encerrarse en una fábrica para dar un futuro a sus hijos.

En Calabria está el pasado, los olivos plantados por los abuelos, la casa de piedra escuadrada con el cincel, levantada con muros toscos sin revoque. Hay algo para las escudillas de la noche, pero falta el futuro.

La mayor parte de los nosotros de entonces se desgajaron de casa; él no, se queda con los domingos, los ahorros y los consejos que mantienen unida una cocina afamiliada.

Y aún ahora lo veo de crío, callado o mirando al suelo con el hueso de la nariz a noventa grados con el suelo, mientras los compañeros dicen guarradas. Yo también soy del sur, y me gustan los que dicen no callados. Y lo sueltan, ese no suyo, sin sacudirlo antes.

Y veinte años después es todo un director. Por

suerte, pero hay suertes que cogen del brazo al primero con el que se topan, suertes putas que te dejan plantado en seguida y se van con el siguiente, y hay fortunas sabias, en cambio, que escrutan a una persona y la ponen a prueba lentamente.

Y los vivos se reencuentran. Él se acuerda de las tardes de Turín, el tabernero que apunta el vino de sus chicos en mi cuenta, algunas aceitunas, un trozo de salchichón. Tiempos de no pegar ojo, el tabernero cierra cuando se levanta el último.

Los últimos todavía siguen aquí, pero taberneros como esos ya no.

Y se acuerda de mí después del segundo turno, tras salir alrededor de las once de la noche para reunirnos en seguida y contarnos las jugadas del día, si ha habido bronca en el taller, si ellos han hecho algo en el colegio o en la calle.

Cada día una jugada. Turín es una ciudad de peones insurgentes contra el resto del tablero. Y no se cierra ninguna puerta, la infantería obrera no lo permite. Los últimos no se distinguen de los primeros, ni los guapos de los feos, los jóvenes de los ancianos, los gitanos de los bien criados. Él se ríe del recuerdo: «El comunismo entonces son los chicos pobres que logran causar una buena impresión».

Sucede entonces y nunca más.

Es suerte, no esta de hacer un buen trabajo, sino la suerte de antes, de estar en una edad menos injusta para los chicos. Y para cambiar de tema, pregunto:

—Entonces, ¿qué hace un hombre?

Y él sonrío bajo su nariz mayúscula, reina de la cara delgada.

—Hacía mucho tiempo que no escuchaba tu saludo —dice—: ¿qué hace un hombre? Me dedico a un oficio que ha de mantener unida a un montón de gente y que a la primera equivocación te manda de vuelta a casa.

¿Y qué problema tienes?, pregunto, ¿para qué quieres equivocarte? Cuentas el mundo, no hay posibilidad de confundirse. Basta con echarle cariño.

Y luego pregunta por mí, pero no le desgrano mis desdichas de Argentina, los agravios desencadenados, la caza de la vida. Me ofrece trabajo y con mucho gusto lo acepto.

Antes de despedirnos, le cuento una cosa:

—Estoy en unas obras y tengo de peón de albañil a un hombre de mi edad, que no llega a los cincuenta. Es kurdo, escritor en otros tiempos, habla inglés. En las obras te encuentras con hombres interesantes, zarandeados, de paso, marineros varados para siempre. Está herido en un ojo.

»¿Cómo ocurrió? La respuesta es un movimiento con la mano echada por detrás del hombro. Entre nosotros vale por agua pasada, en kurdo no lo sé.

»En la cantina le pregunto si quiere café,

dice que no, se lo sirvo de todos modos de mi termo.

»Un día saca una hoja de papel escrita en inglés. La policía de un pueblo que no quiero nombrar lo encarcela en régimen de porrazos. Se le estropean los ojos, uno acaba sanando, el otro no.

»Ojos en inglés es “eyes”. Un error mecanográfico en la hoja los convierte en “yes”. A causa de las palizas tiene los “yes” estropeados. Y el error es correcto, tiene todos los síes echados a perder, rara vez consigo sacarle uno abollado a cambio de invitarlo a café, de una mano para amasar la cal.

»Los golpes estropean los síes más que los ojos. Hay errores que contienen otra verdad.

Esto último lo digo solo para concluir el relato.

Y él, para alargar la cosa un poco más, me pregunta qué llevo en el bolsillo. Un libro, digo. ¿Cuál? Uno usado, leo libros al límite del servicio. ¿Por qué? Ya te lo diré otro día. Su mano va al bolsillo de mi chaqueta, pero no saca, sopesa.

Leo libros usados porque las páginas muy hojeadas y grasientas de dedos pesan más en los ojos, porque cada ejemplar del libro puede pertenecer a muchas vidas y los libros deberían permanecer sin vigilancia en lugares públicos y desplazarse junto con los transeúntes que se los llevan consigo un rato, y deberían morir como ellos, consumidos por las dolencias, infectados, ahogados bajo un puente junto con los suicidas, metidos en una estufa de invier-

no, arrancados por los niños para hacer barquitos; en pocas palabras, deberían morir en donde fuera, excepto de aburrimiento y de propiedad privada, condenados a cadena perpetua en una estantería.

—Ya te lo diré otro día —le digo en el momento de despedirnos.

Así es como acabo pasando el día en un jardín al cuidado de los árboles y de las flores y guardando silencio de muchas maneras y dentro de algunos pensamientos de paso, una canción, la pausa de una nube que le quita el sol y el peso a la espalda.

Voy por el campo con un nuevo arbolito de manzano que he de plantar.

Lo suelto, le doy la vuelta, miro sus ramas apenas insinuadas buscar sitio a tientas en el espacio que lo rodea.

A un árbol le hacen falta dos cosas: sustancia bajo tierra y belleza fuera. Son criaturas concretas, pero impulsadas por una fuerza de elegancia. La belleza necesaria para ellos es viento, luz, pájaros, grillos, hormigas y una meta de estrellas hacia la que dirigir la fórmula de las ramas.

La maquinaria que empuja en los árboles la savia hacia arriba es belleza, porque solo la belleza en la naturaleza contradice la gravedad.

Sin belleza el árbol no quiere. Por eso me detengo en un punto del campo y pregunto: «¿Es aquí donde quieres?».

No espero ninguna respuesta, ninguna señal en el puño con el que sujeto su tronco, pero me gusta decirle unas palabras al árbol. Este siente los bordes, los horizontes y busca un punto exacto para surgir.

Un árbol escucha cometas, planetas, aglomeraciones y enjambres. Siente las tormentas en el sol y las cigarras encima de él con la misma preocupación por velar. Un árbol es una alianza entre lo cercano y lo perfecto lejano.

Si proviene de un vivero y debe echar raíces en un suelo desconocido, se muestra confuso como un chico de campo en su primer día en la fábrica. Por eso me lo llevo a pasear antes de excavarle un sitio.

En casa aliso la página frente al plato y vuelvo a mirar la nota. Se llama Làila, un acento de teja late sobre la primera vocal, dos sílabas de canción de cuna.

La nota está ahí.

Mastico un trozo de queso y leo el libro, pero ese pedacito blanco me distrae, allí de través interrumpiendo la veta de madera de la mesa.

Entonces me levanto, salgo a la calle en busca de un teléfono. Dejo todo sobre la mesa, también la nota. Me doy cuenta en la cabina.

Estos contratiempos me provocan simpatía. El cuerpo durante el día obedece y obedece a todo lo que le echo encima, pero una vez hecho lo que corresponde, me manda a pillar viento, me tira

alegre al vacío. Creo que tiene razón, que es un buen asno y que cuando vuelve a encerrarse en casa quiere quedarse allí.

Recorro el camino arriba y abajo y estoy otra vez en el número.

—¿Laila?

—¿Sí? —Oigo su voz de botella recién abierta, alegre y gutural.

—Tengo en la punta de los dedos un número y el nombre que has querido darme.

—Quiero volver a verte.

—Tengo cincuenta años y trabajo de jardinero.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—Trabajo de jardinero todos los días y los cincuenta años desde hace poco.

Entonces resopla, espero que sea una sonrisa y me dice que tengo buenos reflejos. Quiere volver a verme.

Pienso que no tiene sentido darle muchas vueltas por teléfono, digo que sí.

¿Tienes un teléfono?, pregunta. No, ni tampoco coche, gramófono ni lavadora.

Nevera sí.

—Te invito a cenar —dice.

—No tengo edad para ver a un camarero llevarle la cuenta a una señora en vez de a mí.

—En mi casa. —Digo que sí.

—¿Tienes para escribir? —Qué va—. Entonces apréndete de memoria la dirección. —Me lo dice junto con el día.

—No paras de darme números y nombres.
Laila, ¿eres un código?

—¿Te acordarás de todo?

—Si no, vuelvo a llamar.

—Entonces de acuerdo —dice.

Escucha, Laila, ¿es que no te interesa saber mi nombre? No de inmediato, responde.

En todo caso, no es tan bonito como el tuyo, digo.

—¿Te gusta?

Como el arranque de una canción, de la que aprendes la música al vuelo y más tarde la letra.

Cuelgo. En casa mastico, leo, ya no hay notitas puestas de través entre las usanzas de la noche y yo.

Cómo es Laila, trato de pensarlo. Es una que mira a los hombres, un general que en un patio de armas se percata entre miles de caras de cuáles han de extraerse de las filas.

En la calle la miran, pero ella mira primero.

Me lo invento. Laila te pesa en la balanza de sus ojos ágiles y te considera escaso.

¿Qué tengo yo de digno de ser mirado? Una cara de cartón de embalaje porque trabajo al aire libre.

Tal vez le guste alguien que en la taberna, en lugar de hacer bolas de miga de pan, pasa páginas.

Es alta, no lleva cachivaches en los dedos, en el cuello.

Saca una voz turbia, sibilante. Tiene manos capaces.

Pómulos altos para llamar una sonrisa, sí, una buena geometría en la cara, boca llena, mordiscos sanos, debe de ser agradable verla comer.

Sienes suaves, insinuadas por una curva de pelo, fosas nasales fuertes para meter dentro aire.

Quiero llevarle una macetita con mi salvia, así le cuento de dónde viene.

A los jóvenes les gustan las historias. Laila llegará apenas a los treinta.

Pienso en las cosas que no le cuento, mucha vida que quitar.

Le hablo de la salvia de la isla de Pag, apacentamiento de cabras de las que se saca el queso más oloroso del Mediterráneo.

Le hablo de los dulces en almíbar navideños, de una abuela que por la noche hace mil bolas para freír y rebozar en miel.

Del trabajo en las salinas, de las algas rojas del estanque de decantación que hace madurar la sal en cristales y ciega a quien lo mira. El trabajador de salinas no mira por debajo de la línea del horizonte, sino fijamente al cielo que incluso a mediodía arde menos que el suelo.

Y al atardecer, el rojo está por todas partes y te atraviesa de lado a lado y hasta la sombra es una estela de herrumbre.

Y ya está bien, no debe hacerse exhibición de historias.

Es el alba en el tren que me lleva a la ciudad. La oscuridad cede en un punto y se blanquea. Poca luz para leer, el vagón es viejo, cruje, se tambalea.

Miro las tierras, pienso en el jardín. Cultivar árboles da satisfacción.

Un árbol se parece a un pueblo, más que a una persona. Se implanta con esfuerzo, arraiga en secreto. Si resiste, comienzan las generaciones de hojas.

Entonces la tierra a su alrededor le da la bienvenida y lo empuja hacia lo alto.

La tierra tiene ansia de altura, de cielo. Empuja los continentes hacia el impacto para levantar las crestas.

Se frota alrededor de las raíces para expandirse por el aire con la madera.

Y si está hecha de desierto, levanta polvo para ascender. El polvo es una vela, emigra, franquea el mar. El siroco lo trae de África, roba especias a los mercados y nos sazona la lluvia.

Menudo maestro de obras es el mundo.

Y estos son los pensamientos ociosos de un pasajero del ferrocarril. Yo, con mis cuentas de jardinero, podas, siembras, previsiones de floración y frutos, parezco el huevo que enseña a la gallina. Llega un escupitajo de granizo, un cristal de helada y vas servido, señor de los jardines.

Digámoslo así: el quehacer es una nimiedad,

apenas un salario. Lo que cuenta, en cambio, es estar con la cabeza entre los pies, la cara agachada para ocuparse de lo de abajo. Lo que cuenta es doblar la nuca sobre la tierra para manifestar más preocupación por ella que por los hombres.

Así que es estupendo en el tiempo restante tener que tratar con los demás, entenderse a la cara, afeitarse por una mujer, arrojarse contra y encima de una opresión.

Tengo más vida gastada en mirar tierra, agua, nubes, muros, herramientas, que caras. Y me gustan.

Ahora me entretengo en la de Laila, pómulos pulidos como cobre, un puchero de labio, piezas que no encajan. Cuando lo pienso, no consigo tener en la cabeza una cara entera de mujer.

Bajo el último del tren, sombrío vicio de quien vigila en su recorrido si alguien lo sigue.

Después de que se alejen los que llegan, el fondo del andén queda vacío y puedes estar al quite. Me quedan usanzas de otra vida.

En el jardín, me pongo el mono encima de la ropa. Corre el tío invierno por el aire, no cede y hace que la tierra cruja bajo los zapatos.

Debajo de los tallos de laurel está el naranja pálido de un petirrojo despegado de la rama, caído como hoja derribada por la helada.

En la cara viene brusco desde el norte; basta con no afeitarse por la mañana sino por la noche.

Llevo la navaja de afeitar conmigo; después del trabajo voy a casa de Laila.

Me preparo para dormir en el cobertizo de las herramientas, porque después de la cena ya no hay trenes.

Cavo bajo los laureles. Protegen a los gorriones bajo las hojas gruesas, perennes. Por la noche se pelean por el sitio más cálido, cerca del tronco. Luchan por vivir. Luego hacen un susurro de acomodo, me da por pensar que rezan.

Solo en primavera podo los laureles, cuando ya no sirven de cabaña para los gorriones.

Me gusta quemar los restos de sus ramas. Dan un humo que aturde y trae a la cabeza a los que ya no están. En ese humo me siento al mediodía con las aceitunas negras.

En esos días lo veo claro en la geometría. Los vivos no están a noventa grados sobre los muertos tendidos, sino que van paralelos. La guadaña no tiene forma curva como la luna sino como el huevo. El pan se hincha repitiendo la forma de la palma del panadero. Llevárselo a la boca es como estrecharle la mano.

Estando callados mientras el cuerpo trabaja, van y vienen a la deriva pensamientos de natación y de vuelo. Desde un abril de hace muchos años, vuelvo a ver el cielo de Jericó encalado con cigüeñas, emigrantes desde África hacia los tejados de Europa.

Frente a la sopa del tabernero termino un cuento que describe la ciudad de Odessa.

Nunca he visto el mar Negro: no sé nada del Tirreno si no conozco la desembocadura de los ríos enormes que desde los bajos de Rusia mantienen en paridad las aguas del Mediterráneo.

No sé nada de demasiadas cosas como para tenerlo en cuenta, pero a veces aflora una ignorancia que me provoca nostalgia.

Hojeo páginas de una ciudad de higos, de bandidos, de marineros, de judíos.

Mientras tanto, la sala del tabernero va llenándose de hombres oscuros, que han cogido frío. Los invito a sentarse a la mesa en los tres sitios vacíos, requiero un litro para compartir, pido disculpas por leer.

Son de tres edades y pueblos diferentes. Comen algo sacado de sus bolsillos, nuestras manos llenan la mesa.

Leo sobre Odessa y escucho su respiración, un ruido de resaca.

El frío de fuera hace que los pulmones se contraigan; a cubierto, en cambio, se ensanchan para calentar la sangre.

Aceptan una taza de café, luego se van juntos después de un apretón de manos.

Por la tarde llega la encina. Asiento las raíces en el hueco, la apuntalo con tres palos, fertilizo y riego.

Es ya un hermoso tronco, le cuesta esfuerzo y peligro implantarse ya crecido. A veces se ponen tristes y no quieren seguir viviendo. Tarareo a su alrededor para darle la bienvenida, la ato para darle fuerza.

Se hace de noche en seguida, me lavo la cara, me paso la navaja. No me doy jabón, solo necesito dejar que el agua empape el pelo un minuto para que luego se desprenda con suavidad.

Me restriego las manos con fuerza para quitar la sombra de la tierra, luego me cuelgo del cuello una vieja corbata y me voy.

Entro, le estrecho la mano y me doy la vuelta para dejar mi abrigo.

Mientras estoy de espaldas siento que sus dedos me recorren el cuello de una oreja a la otra. No entiendo el gesto, me giro lentamente, dice que tengo dos arrugas paralelas como su padre, dos cortes, dice.

Le pregunto si me parezco a él de frente también, eso no, luego se le ocurre otra cosa, toma mis manos, les da la vuelta, dice que en la palma me parezco, en el dorso no. En definitiva, hay un revés que evoca y un derecho que no.

Ella lleva un vestido ajustado que toca el cuerpo en todos sus puntos y un jersey de lana blanca como una floración de almendros. Mientras tanto, seguimos aún de pie en el vestíbulo.

Me lleva a una habitación ancha, veo una cocina, una mesa puesta, sillas, sofá, cuadros grandes y no hago caso a nada más.

Entiendo poco de mí mismo: sin vergüenza, me siento y me ajusto los pantalones en la rodilla y pregunto de dónde viene. Rusia y Escocia por parte de madre, Sicilia y Liguria por la del padre.

Eres una princesa, llevas la geografía en la sangre.

Su nombre es el de la abuela rusa nacida en la orilla derecha del Neva. «Nébo na Névoi», el cielo sobre el Neva es una canción, solo una estrofa dejada al borde de su sueño de niña donde se implantan las canciones de cuna y la voz de una abuela se desploma dentro de los sueños.

Me pregunta si yo también soy un príncipe por mezclas.

No, mis padres son de un único lugar, al igual que mis abuelos.

Sin embargo, me invento un revuelo de antepasados: de noche siento una nostalgia griega por las estrellas amontonadas en nombres de silabario, por los cálculos de los planetas, por la regla de los cometas.

Laila se sienta en el reposabrazos, así que la miro desde abajo y me gusta. Continúo: al aire libre por la noche me percató de que lo que mueve la ciencia es la belleza, el deseo de comprenderla.

Frente a una mujer noto al napolitano con sus ganas de hacerla reír.

Sin la risa primero, los besos son insípidos. Esto no se lo digo.

En el trabajo soy uno de este mar que tiene tormentas repentinas, no es resabido y previsible como el Atlántico, así que le cojo las vueltas a cualquier tiempo que venga.

En el espejo siento un escalofrío judío cuando me afeitó bajo las sienes y delante del queso me siento una nariz francesa y con el vino en el vaso me siento en la palma el cosquilleo de algún abuelo que excava en las margas peladas de colinas piamontesas.

Laila mueve sus ojos rápidos por mi cara, está de reconocimiento. Le doy tiempo e insisto: delante del mar siento la prudencia de un granjero isleño que tiene una barca para ayudarse con la pesca cuando en invierno hay que dejar en paz a la tierra y baja a la costa para intentar algo.

Te conoces bien o inventas, pregunta.

En parte hago trampas, en parte cosecho de los sentidos y en parte tengo sed.

Se disculpa, se levanta, se levanta y parece mucho más alta o yo me he hundido y ella está a un brazo del techo.

¿Vino? Sí. ¿Queso? Sí.

Me levanto yo también, saco un paquete de papel de aluminio de mi bolsillo, extendiendo sobre la mesa mis hojas de salvia. Desmenuzo una sobre una loncha.

Qué fuerte es el olor, dice.

Es un incienso que hace huir a los demonios, digo.

Se sienta cerca, hace que le deshaga una hoja en una segunda loncha.

Se necesitan tus manos para hacer incienso de la salvia, dice, olfatea, la línea de la nariz forma un ángulo ajustado con la superficie de la mesa.

Para mí, la cuestión de los ángulos es la siguiente: si son agudos, son buenos, si son obtusos, malos, y si están a noventa grados, hay un empate.

Hace gesto para entrechocar los dos vasos en un brindis, giro el dorso de la mano para tocar sus nudillos con los míos: brindis de dedos, luego de cristal. Dónde lo he aprendido: en otro mundo, en un momento extraño para vivir y encontrarse despierto al día siguiente, para seguir estando allí.

Luego me lo cuentas, dice. Hago un mínimo no con la cabeza. No tiene en cuenta ese no.

Pareces alguien que sabe muchas cosas, dice.

Lo niego: ni siquiera sé de qué lado de la rebana se ha untado la mantequilla.

Se ríe.

Por fin, pienso, y noto cómo se ensancha a los lados su boca y le brilla entre los dientes la lengua y me pica la nariz al asomarme a su risa.

Me pregunta en qué trabajo estoy. Soy un

obrero de los jardines, estoy a menudo de rodillas, consumo allí los pantalones. Me los ajusto de nuevo en las rótulas.

Cómo es la tierra, pregunta, y espera la respuesta en broma de que es bajita, de que está demasiado a ras de suelo.

No, me pongo serio y digo algo distinto. Hay dos tipos de tierra, digo y me vuelvo hacia ella sentada a mi lado. Una tiene el agua por debajo, haces un agujero y sale. Es tierra fácil.

La otra depende del cielo, la única fuente que tiene. Es enjuta, ladrona, capaz de robarles agua al viento y a la noche, y tan pronto como consigue un poco, la gasta toda de una vez en colores retenidos en la médula de las piedras y pone fuerza de azúcares en los frutos y lanza aroma de descarada. Es una tierra de cielo seco, la prefiero. Esta salvia es de una tierra así.

Me escucha con los labios apretados, me pregunta si escribo esas cosas.

No, no escribo nada, leo sí, de buena gana.

¿Y cartas? Sí, cartas. ¿De amor?

Ante la pregunta, me sale una historia en lugar de una respuesta. Te la cuento, pero también tengo hambre, digo.

Y nos sentamos ante los platos y sirve una buena sopa de lentejas y habas. Engullo dos cucharadas, luego hablo.